

salvacion. Todo esto lo verán todos los pueblos de la tierra; pero algunos y entre ellos el pueblo megicano todavía tienen que ver mas. Estos cuadros con respecto á México se presentarán en los motivos particulares.

SEGUNDO MOTIVO.

DOMINACION DEL INTERES GENERAL.

§ I.

¿Qual sería la suerte del género humano, si el principio dominante en la faccion de las constituciones de los pueblos hubiera sido y fuera el interés general? ah! entonces, el objeto final, el término de las tareas constitutivas habría sido y fuera procurar al hombre nacer sin desgracia: vivir, sufriendo lo menos posible, gozando hasta donde fuera posible: durando y prolongando su existencia hasta donde la naturaleza fuera capaz de conservarla. Entonces! qué camino tan diverso del que hasta hoy se ha llevado. Entonces! nada de ilusiones, nada de apariencias, nada de falsías; todo positivo, todo realidad, todo verdadero. Entonces! es preciso conocer todos los elementos del hombre, todos los elementos de la naturaleza que él puede asociar, Y QUE ELLOS PUEDEN asociar, para llegar á ese término grande, suntuoso y sublime de las tareas constitutivas. Entonces! es el hombre, no son los reyes ni los demagogos: es el hombre no son las clases, ni sus mezquinos intereses: es, entonces, EL HOMBRE el todo de la obra.

§ II.

Si es inútil desear cuando no hay recursos con que alcanzar lo que se desea, si son inútiles los recursos cuando no hay deseo de aprovecharse de ellos; si aún son inútiles los deseos y los recursos cuando no hay necesidad, de alguna clase, que obligue á fijar los deseos, para que no sean fugaces, á servirse de los recursos para que no sean estériles; si las satisfacciones no pueden ser cumplidas; cuando no hay proporcion entre las necesidades y los deseos; entre los deseos y los recur-

DEFENSA

DE

D. FRANCISCO LAZO ESTRADA,

REDACTOR DEL

BOLETIN DE LA DEMOCRACIA,

contra la acusacion que le hizo

D. Ignacio Trigueros,

GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL,

Pronunciada ante el Jurado de sentencia que se reunió en México
el día 20 de Julio del presente año.

AGOSTO DE 1847.



TOLUCA.

IMPRESO POR PANTALEON DIAZ GONZALEZ.

1847.

D. FRANCISCO LAXO ESTRADA

BOLETIN DE LA DEMOCRACIA

D. Ignacio Trigueros



ACOSTO DE 1847

1847



Sr. D. P. A.—México, Julio 26 de 1847.—Mi muy estimado amigo.—Al fin tuvo lugar el jurado de sentencia tantas veces diferido, y que tanto trabajo me ha costado por el incansable empeño que el Sr. Trigueros tomó para sacarme culpado. Este hombre es de un corazón perverso, como todo agiotista y dilapidador de la hacienda pública, y además tiene una actividad asombrosa para los asuntos que particularmente le conciernen. A todas horas del día se le encontraba en la calle, corriendo en pos de los individuos del jurado, y hubo vez que por poco nos damos de frente en las escaleras de la casa de alguno de ellos. Si no es por la cooperación de algunos amigos, infaliblemente salgo vencido en el juicio.

Acompaño á V. el original de mi Defensa, para que haga V. de ella el uso que mejor le parezca. Sin embargo, opino que esa clase de producciones no deben publicarse, porque no ofrecen interés ninguno: su importancia es solo del momento, así como muchos artículos de periódico, que solo valen algo el día de su publicación, y que después son vistos con desprecio por todos, comenzando por el propio autor que los escribió. Yo mismo, al pronunciar esa Defensa, añadí y cambié muchas cosas, de que no sería fácil acordarme en estos momentos; y si ahora volviera á leerla, me ocurriría sin duda el cambiarla completamente.

Ya sabe V. que en una junta de amigos se nombró una comisión de dos abogados para que me auxiliasen en mi defensa; mas como hay ciertas causas en las que el mejor defensor es uno mismo, me resolví á escribir yo solo mi Defensa, que es un verdadero ex-abrupto sin orden ni conexión. Ni podía ser de otro modo, porque no había tiempo para pensar, ni era mi objeto defenderme tanto del artículo denunciado (que no vale nada), cuanto herir nuevamente á Santa-Anna y á Trigueros. Así es que, aproveché todas cuantas oportunidades se me presentaron en el discurso, para tocar de paso la parte infame de su biografía escandalosa. Salió, como debía ser, un fárrago, una miscelánea atroz; pero yo calculé que ese mismo desorden de la Defensa, y esa misma inoportunidad con que se traen muchas verdades injuriosas, debían servirme para con el jurado, como en efecto me sirvieron, pues fui absuelto por un voto mas de los que me eran necesarios.

Pero he salido bien en derecho y mal en el hecho. Ayer mandó Santa-Anna prenderme, y á esta hora iría yo caminando para Acapulco, si no hubiera dado de bofetadas al co-

ntisionado, que siendo un hombrazo como un kentucky, corrió á pedir auxilio al cuartel de San Agustin: entretanto, tuve buen cuidado de no aguardarlo, y me escapé en medio del gentio que se había reunido para presenciar el combate. No me cabe duda en que esta persecucion me viene por las intrigas de Trigueros; pero estos dias pasarán, amigo mio; establecerémos en México un Charivari, y en cada número pondrémos una caricatura contra ese malvado, hasta hacer con él lo que algunos escritores franceses hicieron con el mariscal Loube, en París.

Ahora me falta una cosa, y es hacer que Trigueros me pague las costas del juicio, conforme al artículo 59 de la ley de imprenta. Por este motivo, deseo que él prosiga la apelacion que ineptamente ha entablado ante la suprema corte de justicia; pues como las sentencias de los jurados no tienen apelacion, sino para reclamar los trámites ó formalidades de la ley, mientras mas recursos promueva, mas tendrá que pagarme.

Quedo de V. su afectisimo amigo y servidor Q. B. S. M.—
Francisco Lazo Estrada.

Es copia.—Toluca, Agosto 13 de 1847.—P. A.

OFICIO que desmiente la especie publicada por D. Ignacio Trigueros, sobre que el redactor de la Democracia se había ocultado por no contestar al juicio que él le promovió.

“Debiendo cesar todo procedimiento, conforme al decreto de 14 del presente, en la causa que se instruí á virtud de la acusacion hecha contra el núm. 49 del Boletín de la Democracia, denunciado por el gobierno como subversivo, pongo en conocimiento de V., que estoy dispuesto á contestar desde luego á la otra denuncia hecha por D. Ignacio Trigueros contra el núm. 49 del propio periódico. Cuando V. lo estime conveniente puede, por tanto, citarme, y compareceré á prestar la caucion de que habla la segunda parte del art. 47 de la ley de 14 de Noviembre de 1846, para que se proceda en seguida á los demas trámites de la causa, conforme á dicha ley.

Tengo el honor de protestar á V. las seguridades de mi aprecio y respetuosa consideracion.

Dios y libertad. México, Junio 16 de 1847.—Francisco Lazo Estrada.—

Sr. Lic. D. Gabriel Gomez de la Peña, juez cuarto del ramo criminal.”

Es copia. Toluca, Agosto 13 de 1847.—P. A.



SEÑORES JURADOS,

UN capítulo de acusacion se somete hoy á vuestra deliberacion, y él, segun la frase del acusador, “es quizá el mas interesante negocio que se pueda presentar en estos tiempos. ¿Si pensará de aquí el éxito de la guerra y la salvacion de la república..... porque estos son en verdad los puntos de mas vital interes que hoy absorben la atencion de todo buen mexicano!

Yo no sabria decidir en este momento qué es mas repugnante y difícil para un hombre, si aventurarse por un sentimiento de falso orgullo y de mal entendida conveniencia, á entablar una denuncia á todas luces temeraria y espinosa por los desfavorables recuerdos que ella puede suscitar, ó tener que defenderse contra esa propia acusacion injusta é imprudente, echando mano al efecto contra el adversario, de los recursos que abundantemente suministra una conducta oficial, censurada acremente por la opinion y por la prensa, y tachada con razon ó sin ella, de numerosos escándalos, de peculados y vergonzosos despilfarros. Una conducta semejante, si bien es triste emplearla como una arma defensiva, lo es aun mas tener que mencionarla, y que mencionarla como oprobiosa y de ningun fruto para nuestra sociedad; porque, señores, yo me complazco en creer en vosotros los sentimientos que yo mismo esperimento en este punto, y que he observado tambien en otros distinguidos ciudadanos; y yo, cuando inevitablemente traigo á la memoria á los autores de nuestras calamidades, y los veo impunes y ostentar radiantes el insultante rango de una improvisada opulencia; un súbito movimiento de profunda tristeza, mas bien que de justísima ira, es lo que esperimento; porque en aquel instante casi desespero para siempre del remedio á las públicas desgracias. . . . ; porque considero con pesar que un pueblo que no castiga á sus opresores que son la causa averiguada de la miseria que lo consume y de los males que lo agovian, ese pueblo difícilmente podrá revestirse de la resolucion y energía que son necesarias para cortar de raiz los abusos arraigados de largos años, y abrirse así, á fuerza de espíritu y del sentimiento de la propia dignidad, un otro camino á mas feliz porvenir. Pero soy el acusado, he sido traído ante los tribunales por una de las notabilidades de la odiosa 7.^a de Tacubaya, y al defenderme, dispensad, señores, si contra mi voluntad hiero la delicada fibra de vuestro patriotismo,

haciendolos recordar que con mas sabia direccion dada al malogrado movimiento del memorable 6 de Diciembre, cuyo principal programa era castigar ejemplarmente á los especuladores con el tesoro y á los traidores á la libertad, yo no habría tenido que comparecer en este sitio, ni este respetable jurado se vería hoy en el caso de sentenciar sobre la denuncia hecha por uno de los famosos funcionarios que escapados, casi contra sus propias esperanzas, á la justicia del pueblo y de las leyes, no debían desear otra cosa mas que el silencio y las tinieblas.

Tres son los puntos de acusacion que el señor denunciante tuvo á bien consignar en su primer escrito de demanda contra mí, como redactor del *Boletín de la Democracia* y responsable del número 49, en que se contiene un pequeño artículo titulado "*Noticia simple*," que es el que ha dado ocasion á este juicio. Este artículo, dice él, *es sedicioso, es incitador á la desobediencia, es infamatorio*, y todo esto en primer grado, cuya calificacion y penas correspondientes se han pedido enérgicamente contra mí. En los gobiernos despóticos de la antigua Europa un aforismo politico establecia que atacar á los ministros era atacar al rey, y censurar sus actos, por injustos que estos pareciesen, era atentar contra el orden de cosas existente y hacerse reo de un crimen de Estado; por manera que no habia medio entre provocar la cólera de los depositarios del poder, ó sufrir en silencio la injusticia y la tiranía de funcionarios altaneros, que pérfidamente recibían á nombre de la salud pública y de la inviolabilidad del rey los ataques que no eran dirigidos mas que contra sus desmanes y sus vicios. Del mismo modo aquí, y con mucha ménos razon todavía, por una sutil cabilocidad se pretende confundir la persona de un gobernador y el buen ó mal desempeño del cargo en que impolíticamente se le colocó, con el respeto y la obediencia debidos á la autoridad y á la ley. Yo no he escrito, señores, ni una sola palabra contra la una ni contra la otra, aunque para sostener el prestigio de la segunda, pude haber dicho, y mucho, contra el que ejercía la primera. Permitidme leer el artículo denunciado, que por sí mismo destruye las odiosas interpretaciones que contra él se han hecho. Dice así:

NOTICIA SIMPLE.

"Un cuñado y socio de D. Ignacio Trigueros; *intimo de Santa-Anna*, es el comisario pagador del ejército de los yankees. A mas de socio y cuñado, parece que es apoderado y representante del mismo Trigueros para reclamar por medio del gobierno de los Estados-Unidos, un millon y novecientos mil pesos que entre ambos cobran á México. Conque, sumemos la cuenta: Argous, *intimo y socio* de Trigueros; Trigueros, *intimo y cómplice* de Santa-Anna; Santa-Anna, verdugo del ejército y con la suerte de la nacion en sus manos: luego? . . . La capital debe defenderse á todo trance, y el gobierno debe quedarse en ella defendiéndola, y no debe hacerse resistencia mas que en la capital, porque vencida ésta, sucumbió todo el pais, y . . . "¡ay del que no comprenda la gravedad de nuestra situacion," porque el presidio de Santiago, los destierros, y los amagos de asesinatos en las calles, están listos. . . !!"

Publicado ya este artículo se advirtió que se habia incurrido en un equivoco, aunque accidental y de ninguna importancia, y por este motivo se escribió la siguiente rectificacion.

"Se nos ha informado que el *Argous*, comisario pagador de los yankees, no es el cuñado y socio del Sr. Trigueros, sino el hermano del hermano político de nuestro gobernador. Al decir esto en obsequio de la verdad, insistimos en que ese mismo yankee comisario es amigo del Sr. Trigueros, porque este señor lo ha dicho. Nuestro artículo del número anterior, titulado *Noticia simple*, queda por lo demas en todo su valor y fuerza."

¿Y hay buena fé en acusar este artículo de sedicioso, infamatorio é incitador á la desobediencia? ¿Al acumular tantos puntos de acusacion, no se ha llevado la mira de fascinar ó sorprender á mis jueces, á fin de arrancarles contra mí un fallo capaz de satisfacer una innoble venganza, y de lisonjear al enemigo mayor del *Boletín de la Democracia*, el señor general Santa-Anna? *Es sedicioso*, repite el acusador. Y bien, *sedicion*, segun el lenguaje actual, y segun la acepcion en que los tribunales y los comentadores de nuestro derecho usan de esta palabra, es lo mismo que *asonada*, *sublevacion* ó *pronunciamiento*. La *asonada* se define en una obra de legislacion que sirve de testo en nuestros colegios, comentándose una ley de Partida y fundándose en la autoridad del publicista Vattel, *una reunion ó junta tumultuaria del pueblo para hacer hostilidades ó perturbar el orden público; y pronunciamiento*, segun la ley de 28 de Febrero de 1832 y el decreto del mes de Agosto del año pasado, *es el acto de sustraerse de la obediencia del gobierno*, lo cual se entiende que se verifica á mano armada, porque no se puede contradecir de otro modo la existencia de un gobierno que tiene á su disposicion la fuerza de las armas, y cuyo poder se provoca desconociendo su autoridad. Mas ¿qué punto de contacto tienen estas definiciones con el artículo denunciado, que acabo de leer? ¿Hay en él, por ventura, una palabra siquiera por la que se invite al pueblo á reunirse en tumulto y trastornar lo que se llama orden existente? ¿A quién he intentado yo sublevar, ó quién otro, fuera de mi acusador, ha creído ver en mi pequeño escrito una provocacion á las turbulencias y á tomar las armas? Ni indirectamente se habla allí del respeto debido á las autoridades, ni de la conveniencia ó inconveniencia del actual orden de cosas; y cuidado, que algo podria haberse dicho en consonancia con la pública opinion; porque, señores, ó acontece una cosa rara de que todos los hombres digan hoy lo contrario de lo que sienten, ó es cierto que, para colmo de desgracia, existe realmente un general descontento en los ciudadanos, puesto que por todas partes lo escuchó; en cuyo caso yo no habria hecho mas que alentarme á decir por escrito lo que todo el mundo espresa de palabra. Hablo á los jurados, es decir, á ciudadanos que por sus conexiones con todas las clases del pueblo conocen mejor que yo el estado de la opinion; y ellos sabrán estimar el valor de mis palabras. Pero, señores, yo repito lo que antes he afirmado: el escrito de la denuncia no puede ser sedicioso, y el sostener lo contrario, arguye

una jurisprudencia nueva que se reciente mucho, de la dictadura de Tacubaya. ¡O habrá de tildarse como sediciosos y rebeldes á todos los ciudadanos que no empleen serviles adulaciones, que no doblen el cuello ante el prestigio de supuestas hazañas, ni quieran ceder sin murmurar á los golpes del poder arbitrario tan indebidamente confiado, como malamente ejercido?

Mucho menos que sedicioso puede ser incitador á la desobediencia el artículo en cuestion, y las mismas razones que he espuesto lo persuaden claramente. "*Incitadores á la desobediencia*, dice la ley, son aquellos escritos en que se invite ó provoqué á desobedecer las leyes ó autoridades legítimas;" y yo he demostrado ya, citando las propias palabras del impreso, que ni remotamente se ha incurrido ni pensado incurrir en este delito: estoy íntimamente persuadido que del apego de las autoridades á la ley, y del acatamiento de los ciudadanos á la autoridad legítima, es de donde debemos esperar primeramente el restablecimiento del orden interior, siempre perturbado y por consolidarse en nuestro país.

Mas he insinuado ántes que para sostener el prestigio de la ley pude en derecho haber combatido la legitimidad de la autoridad que me acusa, y esta asercion no es una hipérbole traída aquí para intimidar al denunciador, ni para coartarle la libertad en que se halla de insistir con firmeza y aun agravar su acusacion. Yo pude haber escrito:—"La autoridad que ejerce el Gobernador del Distrito es ilegal: su nombramiento es nulo, es escandaloso: sus actos todos se resentirán consiguientemente de la invalidez de su origen; y si el hacer este nombramiento arguye un pensamiento fijo de arbitrariedad y de absolutismo que se revela en casi todos los actos de quien lo acordó, el aceptarlo prueba tambien la irreverencia con que se ven las leyes y el desprecio en que se tiene la mas pronunciada y acorde opinion de los mexicanos." Señores, vosotros sabeis, lo mismo que yo, que D. Ignacio Trigueros tenia y tiene una causa criminal pendiente, cuya resolucion, favorable ó adversa, aun no ha sido pronunciada por la cámara de diputados, que es quien conoce de ella. Esta causa se versa sobre crímenes y deshonrosas faltas cometidas durante el tiempo que desempeñó el ministerio de hacienda; y si ella es bastante para deponer del puesto á un ministro desde el instante que se declara racional la acusacion, ¿cómo no lo será para impedir que ese ministro refractario ó perjuro vaya á solazarse de su deposicion ejerciendo un otro cargo tambien notable y de importancia? Yo sostengo con la opinion general que el Sr. Trigueros no pudo legalmente, no debió á lo menos por delicadeza, aceptar el nombramiento de Gobernador del Distrito federal. Sin embargo, nada de esto he dicho, nada de esto se encuentra en el artículo denunciado, ni en ninguno de mis otros escritos que sin duda en exaltacion lo exceden. Y he callado sobre este punto, por consideraciones de que á pesar de la acusacion no me arrepiento; porque entre nosotros, habiendo sido de mero hecho, casi todos los gobiernos hasta hoy; no debiendo su existencia, por lo comun, mas que á un motin ó alzamiento cualquiera, hemos perdido hasta la costumbre de inquirir sobre la legalidad del origen, y solo nos ocupamos de los hechos de presente. Estos hechos fundan de ordinario los títulos con que gobiernan nuestras autori-

dades, y su duracion corresponde casi siempre á su conducta mas ó menos liberal ú opresiva, así como su legitimidad ó ilegitimidad se deducen de la resistencia ó aquiescencia de los pueblos.

Inútil paréceme insistir en demostrar lo injusto, impropio é inadecuado de los dos primeros cargos (*sedicioso é incitador á la desobediencia*) que se hacen contra el escrito denunciado: el comun sentido, el testo de la ley y la letra del artículo, sobre todo, contradicen desde luego tan exageradas como apasionadas pretensiones. Réstame, pues, solamente, combatir el tercer cargo (*el de infamatorio*) cuya calificacion y penas consiguientes tambien se solicitan y sostienen contra el susodicho artículo.

Por base de su peticion asienta el denunciador que yo lo he acusado de traicion para con su patria, en el desempeño del cargo público que obtenia; y el escozor de este fantástico cargo es la idea que principalmente juega en todo el escrito de demanda. O yo he perdido el uso de mi razon, ó tal acusacion no existe formalmente. No creo que ningun acusador, para agravar la situacion de su victima, tenga derecho á fijar él mismo el sentido de las frases que crea lastimarle: tal derecho volveria ilusoria la libertad de la prensa que la constitucion nos garantiza, puesto que jamas faltarían sutiles interpretaciones al gobierno, á sus funcionarios ó á sus fiscales, para hacer perseguir todo impreso que en su desagrado incurriese. Si lo que yo he escrito tiene alguna ambigüedad, á mí me incumbe el derecho de declarar el sentido en que he usado de tales ó tales espresiones; y si esta declaracion no fuere satisfactoria, al jurado, y á nadie mas, toca interpretar discrecionalmente las frases acusadas. Pues bien, yo declaro que mi escrito no contiene ni ha querido contener la acriminacion de traidor contra el Sr. Trigueros ni contra otro alguno; y á menos que su apoderado, transformándose en gramático y purista, quiera sacar de quicio las palabras para darles el sentido que á la suspicacia de su poderdante acomode, no podrá jamas probarme plenamente el cargo que me atribuye.

Señores: yo voy á espresar francamente al jurado, cuál es el espíritu que contra el gobernador del Distrito y contra algun otro mas alto funcionario, envuelve el párrafo denunciado; porque no debo negaros que algun fin político me propuse al publicarlo, puesto que no acostumbro escribir sin objeto. Al cumplir con este deber de honor y de conciencia, me espresaré con toda la libertad que da el sagrado derecho de defensa, y con aquella independiente franqueza que durante tres años he usado en distintos diarios y periódicos, para oponerme en cuanto ha estado de mi parte, á los desaciertos y abusos, á la arbitrariedad y á la perfidia con que inicuos y refractarios ministros han engañado las mas lisonjeras esperanzas del pueblo. Mas ántes de consignar esta franca declaracion, séame permitido advertir, que si no tuviera que ceñir mi defensa á los estrictos términos de que consta el artículo denunciado, yo adoptaría sin pena (para probarlo judicialmente) el tercer punto de la acusacion, (el del cargo de traicion), de que se pretende que yo dé cuenta sin haberlo proferido. Sí, lo aceptaria; y ante un jurado de ciudadanos imparciales é ilustrados como el presente, no temería yo por el éxito de la sentencia. Por-

que, señores, ¿qué se me exigiría entonces? ¿Hacer recaer directa ó indirectamente contra mi acusador fundadas y terribles sospechas de traición á su país? Cosa fuera esta sumamente fácil para quien no sea del todo extraño á los recientes acontecimientos de nuestra vergonzosa historia.

No solamente es traidor el que á la cabeza de un cierto número de batallones ó escuadrones se pasa á las filas de los enemigos de la patria: no solamente merece aquel nombre el que proporciona á estos positivos auxilios, ó mantiene odiosas inteligencias con ellos: no se requiere servirles materialmente de espía, proporcionarles víveres, mostrarles los caminos y derroteros, descubrirles el estado de las ciudades invadidas, ó predicar abiertamente la alarma y el desaliento. Nada de esto es necesario; y segun nuestras leyes (*), es bastante para incurrir en aquella nota, el que de alguna manera, cualquiera que sea, se protejan las miras de un enemigo extranjero; ó hallarse comprometido y ligado con este, de modo que el interes que por él tenga alguno, pueda presumirse mayor que el deber de la virtud y del patriotismo. No fueron los únicos traidores en tiempo de la asombrosa revolucion francesa, tan fecunda en acontecimientos notables y que cambió la faz de la Europa, los emigrados que salieron de Francia para reunir contra ella ejércitos en el extranjero: otros muchos fueron considerados como aliados suyos y como cómplices en el mismo crimen, por el solo motivo de no hacer nada positivamente para repeler la invasion, ó por hacer, de buena ó de mala fé, alguna cosa que dificultase mas y mas la defensa y la salvacion de la Francia.

¿Y quién se atreverá á negarme que en caso ofrecido podría yo, y cualquiera otro, formular contra el Sr. Trigueros una acusacion de esta clase, de cuya acusacion se vindicaría, ó no, con sus buenas intenciones; pero la cual aparecería con todas las formas de racional y justa, y pondría al acusador al abrigo de toda nota de impostura ó de calumnia? ¿No es él uno de los que decantando *regeneracion y reformas*, se apoderaron de los destinos públicos, en cuya posesion pudieron muy bien haber remediado y prevenido nuestros males, pero de la que se aprovecharon solo para consumir premeditados crímenes y escándalos que tanta parte tienen en nuestra situacion presente? ¿No es público y notorio que este hombre Trigueros ha tenido y aun tiene comunidad de intereses pecuniarios con los que hoy son como los banqueros y prestamistas del ejército enemigo? ¿No es él uno de los altos funcionarios que por no declararse oportunamente por la guerra, ó por la paz, con los tejanos, han favorecido de hecho las miras rapazes de estos y las de nuestros invasores del Norte-América? ¿No es él uno de los ministros que por haber distraído de su conveniente objeto los fondos para la guerra de Tejas, y los demas recursos nacionales, han hecho de esta guerra un asunto de indiferencia, de aburrimiento y de fastidio para los mexicanos? ¿No es él uno de los que mas han contribuido á amortecer el espíritu del pueblo á

(*) 1.ª, tit. 7, lib. 12 de la Novísima Recopilacion, y la de 23 de Abril de 1824.

fuerza de ultrajes, de impuestos y de gabelas, para que agoviado y aburrido perdiese hasta el deseo de intervenir en los negocios públicos, y abandonase así el ejercicio de su soberanía en manos de una pandilla que correspondió con la mas infame ingratitud á tan alta como inmerecida confianza? ¿No es, ante el público, uno de los que dirigían la traidora política que dió en tierra con la representacion nacional en 1842? ¿Se ha olvidado, por ventura, que perteneció al funesto gabinete autor y responsable de la imprudente y fratricida guerra contra Yucatan, que hasta hoy lamentan los buenos ciudadanos? ¿Se ignora que, como individuo del gobierno, es uno de los que hicieron consumirse en aquel departamento un ejército de 8.000 hombres y una suma de mas de tres millones de pesos? ¿Y quién duda hoy, ni dudaba entonces, que con tales recursos y algun esfuerzo mas, se habría podido ampliamente en aquella época llevar á cabo la guerra de Tejas, que entonces no estaba anexado á los Estados-Unidos? ¿Quién duda tampoco que en aquel tiempo no podían estos tomar abiertamente la defensa de aquel Departamento sublevado, y que emprendida formalmente la guerra, habríamos evitado sin duda alguna la serie de vergonzosas catástrofes, cuyo término no sabemos hoy mismo? Finalmente, ¿no es el Sr. Trigueros aquel propio ministro de hacienda que por sus despilfarros, sus desórdenes y embrollos, y sus gravosos contratos con los agiotistas, desmoralizó cuanto había desmoralizable en el ramo de hacienda, y dejó temblando y exánime el erario nacional, é incapaz para muchos años, no solo de reportar las erogaciones de una lucha contra Tejas, los Estados-Unidos, ni ninguna otra potencia; pero ni siquiera de proporcionar al gobierno la virilidad ó fuerza necesaria para mantener el orden y la tranquilidad interior?

Ahora bien: ¿qué otra cosa podían desear Tejas, y á su vez los Estados-Unidos, sino que el ejército y los millones que pudieron emplearse con fruto para recuperar nuestro territorio usurpado, se destinasen á matar mexicanos, el uno, y á ser inmundia presa de avaros agiotistas, los otros? ¿Se pudo haber coadyuvado de una manera mas eficaz á los desleales proyectos de los tejanos y de los yankees? ¿Podían estos, ni bloqueando nuestros puertos, agotar nuestros recursos, de modo que por nuestra miseria no solo no pudiésemos tomar la iniciativa contra ellos en el territorio de Tejas, pero ni resistirlos siquiera dentro de nuestras ciudades y en el corazon mismo de nuestro país? Pues este es, sin embargo, el alto crimen, crimen de lesa-nacion, en que D. Ignacio Trigueros tuvo parte, como individuo del gobierno que llevó la guerra á Yucatan, en vez de llevarla á Tejas, y como ministro de finanzas, autor del horrible derroche cometido con los bienes de temporalidades y con cuanto tenía disponible la hacienda pública.

No quiero ser creído bajo mi palabra, sin embargo de que los hechos son públicos y demasiado recientes para que hayan podido olvidarse. Citaré en comprobacion de mi aserto un documento histórico y oficial, que hasta ahora no ha sido contradicho, y que ademas es digno de toda fé por la autoridad de que procede, y porque él presupone la existencia de inconcusos datos con que fué escrito: es, entre mil testos que citar pudiera, un trozo de la Memoria